

Sobre *Prosecución de los naufragios**

*Claudia Paz Román***

El tema que nos ocupa en la revista *Tramas* gira en torno al cuerpo, lo que me da la oportunidad de reseñar un libro de la extensa colección poética *Cuerpos*, de Max Rojas. Vale la pena señalar que esta obra se extiende a cuatro volúmenes, de los que *Prosecución de los naufragios* es la publicación más reciente. Su lectura me hizo pensar que su reflexión en torno de los cuerpos es prolija porque con ellos matiza la mayor parte de su extensa obra. Leer *Cuerpos* es deleitarse con la bastedad del lenguaje, es ser conducido sin resistencia a las profundidades del alma.

Max Rojas ha sido galardonado con múltiples premios y reconocimientos, entre los más recientes está el Premio Nacional de Poesía Carlos Pellicer y un homenaje en el Palacio de Bellas Artes, lo que da cuenta de su calidad poética. Al margen de que la calidad de su pluma es la mejor referencia que podemos hacernos de él, no puedo evitar hacer aquí su semblanza que, aunque breve, aliente a los lectores a acercarse a su obra.

Max Rojas nació en la ciudad de México en 1940. Hijo de padre mexicano y madre cubana. Realizó estudios en la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Nacional Autónoma de México. De 1994 a 1998 se desempeñó como director de la Casa Museo León Trotski y de 2006 a 2009 fue miembro del Sistema Nacional de Creadores del FONCA. Entre sus publicaciones se encuentran *El turno del aullante* (1975) que se reeditó en 1981 y 2003; *El ser en la*

* Max Rojas (2009), *Cuerpos IV: prosecución de los naufragios*, Generación espontánea, México.

** Profesora investigadora, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

sombra (1986); *Voz compartida*, antología poética publicada por la Universidad Autónoma Metropolitana a través de la Coordinación de Extensión Universitaria en el año 2006, en la que tuve el honor de participar como compiladora. Por último su extenso poema *Cuerpos*, publicado en los últimos dos años en cuatro libros, *Cuerpos I: Memoria de los cuerpos*; *Cuerpos II: Sobre cuerpos y esferas*; *Cuerpos III: El suicida y los péndulos*, y *Cuerpos IV: Prosecución de los naufragios*, este último publicado en 2009.

A decir de Max Rojas, *Cuerpos* es “un poema muy largo en elaboración” que nos induce a imaginar cómo las palabras envuelven el cuerpo en su soledad, uniéndose a él en su extrañeza y desolación. *Cuerpos* nos trasporta a ciclos infinitos en un juego de incertidumbre e incredulidad, en el que no se va a ningún lado, porque nos domina la sensación de que todo se acaba, de que todo se ha ido; como caer en un círculo en el que se transita sin fin. Se trasluce la inmovilidad, la quietud, porque el principio y el fin son ya la misma cosa: aparición del hueco, del vacío, de la muerte. Max permite recordar lo que olvidamos por cotidiano: “el corto tiempo humano que hay entre el llegar y el despedirse, mirar la luz para sentir al mismo tiempo que la sombra avanza con su paso de raposa lenta”.

En *Prosecución de los naufragios*, Rojas adentra al lector en un torrente de palabras que se experimenta en una lectura imparables con una incidencia permanente sobre la conciencia de lo corpóreo. El deterioro inevitable ante la presencia del tiempo hace de su labor y de los cuerpos un intento por defenderse, por no desaparecer, posible sinsentido que abrumba. Confrontación con una realidad irremediable, la agonía en el proceso previo a ser sólo ceniza. El poeta nos permite viajar con la plasticidad de estos cuerpos que transitan por lugares insospechados:

de todos los chamusques que los cuerpos lanzan cuando arden
o se tuestan
pero quedamente,
muy calmadamente se acomiden a abrigar al prójimo que sufre
la helidez
que llega de un invierno que no termina nunca
(p. 35)

de que las cosas, aunque cambien, siguen siendo iguales
 de manera que no hay por qué angustiarse demasiado
 ante el aumento aparente de velocidad que el tiempo
 pareciera haber tomado en los últimos instantes,
 los postreros segundos que le quedan de vida artificial
 antes que el último suspiro escape de sus labios
 y divague como una exhalación estral que vagará por el espacio
 hasta que éste se constriña tanto que ni un suspiro quepa
 en sus entrañas
 y todo lo que hay reduzca su tamaño y quepa en los bolsillos.
 (pp. 24-25)

El escritor logra con su particular ritmo poético que las palabras y los fragmentos floten. Entonces la fantasía de detener el tiempo se vive como un descanso necesario, porque el tiempo lacera, oprime; llena todos los huecos y no hay forma de escapar. Sin embargo, su poesía sugiere una ruptura en el transcurrir del tiempo en una obra que, no cabe duda, alcanzará la posteridad. Su creación literaria no será derruida por los embates de la ominosa realidad y del tiempo que acecha; el tiempo en su obra se convertirá en un aliado.

En *Prosecución de los naufragios*, la lectura se puede comenzar en cualquier página y encontrar sentido y coherencia poética. Rojas logra romper el espacio como forma tradicional en la escritura que brinda al lector la libertad de elegir su particular viaje poético.

En *Cuerpos IV*, se ofrece una cascada de palabras que se convierten en imágenes, sensaciones y reflexiones. Cuerpos tan dolidos, tan lastimosamente desesperanzados frente a su finitud, que en su temporalidad no alcanzan a sostenerse porque es imposible asirse a lo inasible. Gritos atormentados de cuerpos que se apoderan del autor y que no teniendo salida plasman sus desdichas. Angustia perpetua por ser lo que se es y por dejar de serlo:

cuerpo real o cuerpo imaginado,
 cuerpo trastocado por los destellos de la imagen que se cruza
 en los espejos
 al mismo tiempo que otra comienza a despedirse y aparece otra
 que confunde

el tiempo y el espacio y se desdobra en otra que promueve su
 ideación propia
 y se convierte en cuerpo que no-es porque prosigue siendo
 imagen adentro del espejo,
 porque ya está afuera del espejo y se parece mucho
 al reflejo que, al salir, halló su forma,
 se incrustó en ella y se hizo cuerpo en gracia y no madera o lámpara
 o barro navegante que navega en el espejo y lo transmuta en isla
 o mar amanecido de repente o territorio al margen de cristales rotos
 (pp. 103-104).

El cuerpo atormentado frente a lo inevitable, la muerte y el muer-
 to en su intento de llegar al final del túnel:

de luz a oscuridad se vuelve tan abstracto
 que es imposible distinguir lo claro de lo que es tan negro
 que es como si alguien prendiera una velita en el final de un túnel
 que parece que termina
 (p. 37).

Las palabras no bastan para calmar al poeta ni al lector, porque
 entre ellos están los cuerpos que piden ser escuchados. La escritura
 nos confronta con todos esos otros vivos y muertos que habitan en
 nuestro interior. Con el cuerpo propio que vive en agonía constante
 esperando convertirse en cenizas o en pedacería de huesos malolien-
 tes. Entonces, la finitud toma forma y transgrede lo inevitable, la pre-
 sencia ausente de los cuerpos; evocación e invocación de lo efímero
 hecho carne. Placeres de la carne; disgustos por la carne; malforma-
 ciones de la carne y al final... sólo el mar se cruza para irremediable-
 mente seguir en la inmensidad nadando hacia el naufragio:

porque los náufragos decidieron que era mejor llevarse
 los escombros a otra parte
 que dejarlos en medio de la mar embravecida y fúrica
 contra tanto navío que le dio por navegar sin rumbo conocido,
 lugares próximos y viajes rápidos a islas donde aún queden

memoria de los cuerpos y sea fácil su traslado a tierra
 donde el último sobreviviente espera encontrarse con la imagen
 que le ha quitado el sueño
 que trae noticias de ultratumba efecto de que los cuerpos huyan
 mientras haya tiempo de evitar que el tiempo les alcance
 (pp. 90-91)

El cuerpo reclama su lugar antes de partir, reclama no ser sólo cuerpo, antes de que se le acabe el tiempo, antes de lo inevitable.

Para leer *Prosecución de los naufragios*, hay que prepararse, hacer pausas y tomar bocanadas de aire para continuar, dejarse conducir a una reflexión profunda en cada palabra, cada línea, cada página. La escritura trastoca las profundidades del alma y nos atrapa en estas voces que hacen eco en nuestro interior, de manera que resulta imposible detener su lectura.

Quien lo lee queda atrapado en una especie de torbellino emocional, en el absurdo intento de buscar algo, posiblemente el sentido o sinsentido de la existencia. Su escritura nos aproxima a lo inevitable del tiempo, al deterioro de lo corpóreo que se esfuma irremediablemente. Nos permite tocar lo efímero y atrevernos a jugar con lo amorfo de los cuerpos. Leer esta poesía es internarse en un dolor insostenible, imágenes que trastocan lo más profundo del ser, se experimentan sacudidas intensas, heridas que al desangrarse hacen recordar que se está vivo. Desde mi visión, la escritura de Rojas es imparable y su lenguaje poético un grito en sí mismo.

Sólo me resta agradecer la invitación a colaborar en la revista *Tramas* no sin antes puntualizar que es mejor disfrutar la poesía que comentarla. He añadido algunos fragmentos más de esta obra, a fin de dejar constancia de su grandeza; hago hincapié en que es una lectura obligada para aquellos que aún habitamos el mundo de los vivos y que hemos tenido la fortuna de conocer a Max Rojas.

Cuerpos al olvido que usan mascarillas para ocultar el rostro
 y no se sepa que están vivos,
 son de carne y hueso
 hablan,

quieren,
 aman y desaman con la misma sonrisa bondadosa,
 el mismo espíritu tranquilo con que envían al matadero al amante
 de la víspera
 y lo dejan henchido de amargura,
 rebosante de hondísima tristeza,
 jocosaría ante tanta desventura que no atina a reaccionar de ningún
 modo,
 (p. 121)

casi manera de llover interminablemente sin que se vea el final
 del agua,
 principio de los cuerpos y la niebla que desciende como tiempo fluido
 pero clavado a su insana manía de perseguir a cuerpos
 que no son propiedad del yo perseguidor del tiempo que persigue
 a cuerpos,
 los derriba,
 los transforma en nada,
 materia de la nada que conforma la caída de los cuerpos
 como hueso inmóvil,
 calavera inmóvil que casi no sonrío,
 casi no habla sino en signos mudos que casi no se escuchan
 (p. 129)